

LA LISTA NEGRA. LOS ESPÍAS NAZIS PROTEGIDOS
POR FRANCO Y LA IGLESIA; de José María Irujo,
Madrid, Aguilar, 2003.

Ignacio Klich

Universidad de Buenos Aires

Periodista investigativo, el varias veces laureado autor de este volumen es de aquellos profesionales de referencia que están hoy al servicio del prestigioso matutino madrileño *El País*. En esta ocasión, José María Irujo demuestra haber estado hurgando en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) hispano, repositorio en el que fue el primero en hallar y dar a conocer la lista de 104 presuntos colaboradores del Tercer Reich, en su mayoría individuos que jamás pertenecieron a las categorías de criminal de guerra o de lesa humanidad, pero que los aliados igualmente insistieron infructuosamente, tal como surge de este volumen, que fuesen repatriados a Alemania por su labor en favor del nazismo. También entrevistó a casi una docena de aquellos que logró ubicar y estuvieron dispuestos a hablar con él, y hasta trajo a la atención del público en 1997 a un ex miembro de las *Waffen SS* que no formaba parte de los 104 cuya extradición, aparentemente solicitada a España, jamás prosperó.

A pesar de la mayor transparencia que generalmente caracteriza a los países de la Unión Europea, y en particular a aquellos con los que la España de Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero aprecia verse identificada, la cultura del secreto no ha sido superada aún en la península ibérica. No sorprende, entonces, que Irujo sufriera en el AMAE el mismo trato que otros investigadores, entre ellos los de la Comisión

para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en Argentina (CEANA). Uno como otros se vieron impedidos de ver parte del material existente, llegando los responsables de ese repositorio a un extremo por ahora impune, a saber el retiro de la documentación requerida sobre cada uno de los 104 del catálogo electrónico del AMAE por considerarse que ésta lesionaba la privacidad de los listados.

Pese a ese obstáculo nada desdeñable, los hallazgos de Irujo en el AMAE y las entrevistas personales que hizo a partir de 1997, además de otras declaraciones de los mencionados, y el recurso a fuentes académicas (incluido el fecundo intercambio con ambos investigadores de la CEANA en España, y la consulta de los trabajos de otra especialista de esta Comisión), le permitieron seguirle la pista a cada uno de ese centenar y también a otros ajenos a tal nómina. De paso, habla bien del profesionalismo de Irujo el hecho de que a diferencia de otros éste no haya anexado los hallazgos de terceros, presentando como propio aquello que es de fácil acceso en el internet. Esto de ninguna manera significa insinuar que la labor de Irujo haya dependido en medida significativa de otros factores que su propio esfuerzo. Por supuesto, su pesquisa estuvo condicionada por la calidad y cantidad de fuentes disponibles, mayores en el caso del austríaco Reinhard Spitzky, bastante más nimias en el del argentino-alemán Carlos Fuldner, por sólo nombrar al par de casos más extremos.

Tal como el título de la obra permite suponer, el resultado es escasamente edificante—gran parte de los 104 fue protegida personal y/o institucionalmente por funcionarios del gobierno de Franco de variada importancia, y/o eclesiásticos de jerarquía disímil—, a pesar de las recomendaciones desoídas de Emilio de Navasqués, un alto cargo del gobierno franquista, en el sentido de que sólo 39 de ellos ameritaban ser tratados como intocables, contándose Spitzzy, por ejemplo, entre los 26 a ser sacrificados.

No obstante estar claramente enfocado en España, resulta indudable de que al ser varios, Spitzzy en particular, parte de los prófugos nazis que más tarde emigraron desde la península ibérica a la Argentina, la narrativa de Irujo está dotada de un importante valor agregado para el lector argentino y argentinista. Se recordará que Spitzzy, a quien se le encomendó negociar con el norteamericano Allen Dulles un cese de la guerra para resguardar al Tercer Reich de su eventual derrota, fue también el agente contactado por el coronel Alberto Vélez, enviado del gobierno militar argentino, en su malhadada misión para adquirir las armas y tecnología militar alemanas a las que la neutralidad y la distancia argentinas del teatro bélico hicieron que los Estados Unidos y otros países le denegaran. Más tarde, durante la presidencia de Juan Perón, Vélez gestionó los permisos de libre desembarco en favor de los Spitzzy, y protegió a la mujer e hijos de este antiguo contacto del Tercer Reich, arribados a Buenos Aires más tempranamente que el propio Spitzzy.

Al igual que diversos criminales, fugitivos y otros nazis, Spitzzy, su mujer e hijos residieron

en el país sin mayores sobresaltos. Permanecieron por espacio de una década en una Argentina que—al igual que a otros visitantes y residentes extranjeros de igual o distinto pelaje político— no logró satisfacer sus expectativas. Gran parte de ese tiempo transcurrió en Entre Ríos donde, entre otras ocupaciones, Spitzzy fue el concesionario provincial de la Coca Cola. Hacia 1957 los Spitzzy regresaron a Austria. Para ese entonces Perón había sido derrocado y Vélez paradójicamente se reinventó a sí mismo como investigador de la Comisión Nacional de Investigaciones (CNI), dependiente de la Vicepresidencia de la Nación, en vez de estar sujeto a indagaciones de la CNI, si el tema de los vínculos entre Perón y los nazis hubiese sido verdaderamente abordado por ésta.

El ocultamiento de Spitzzy en la península ibérica y su ruta a Buenos Aires desde el puerto vasco de Bilbao, dicho sea de paso con papeles fraguados que lo presentaban como capitán de la Guardia Personal de Franco, así como la senda seguida por los suyos desde el otro lado de la península, Cádiz, dependió en gran medida de la cooperación de una serie de funcionarios oficiales y clérigos católicos de distinta importancia. Entre éstos, Irujo identifica al abad Carlos Azcárate, del monasterio de San Isidro (que facilitó a Spitzzy el contacto para venderle a las fuerzas armadas hispanas los planos de un cohete antiaéreo alemán, transacción con la que financió su huida, así como su último refugio eclesiástico en Madrid), y un par de monjes trapenses de San Pedro Cardeña. Irujo, sin embargo, tiene la entereza de aclarar que Spitzzy no contó con la colabora-

ción de miembros de la orden jesuita, cuya asistencia también requirió

La negativa jesuita introduce aquí un posible matiz. En vez de espías nazis protegidos por la Iglesia se trataría de agentes y otros antiguos funcionarios del Tercer Reich, algunos de ellos ajenos al listado anglo norteamericano, apoyados por una variedad de sacerdotes de actuación personal u otra. En el caso de otros prófugos, los involucrados en su huida tuvieron mayor jerarquía que los protectores de Spitzky. Tal la alusión de Irujo a Mon. Eijo y Garay, obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, que intercedió exitosamente en favor de un mayor de las SS, Constantin Von Groman, para que su pasaje al Plata fuese pagado por el Instituto Español de Moneda Extranjera. Ni criminal de guerra comprobado, ni requerido para su repatriación por los aliados, Von Groman por cierto que es de aquellos que no integran la nómina de los 104. El rol de Eijo y Garay, el abad y los monjes trapenses constituyen aportes al tema insuficientemente investigado sobre el papel de la Iglesia toda en esta migración.

Así como Irujo distingue entre clérigos que cobijaron a Spitzky y aquellos que se rehusaron a ayudarlo, su obra no omite otros contrastes. Surgen allí, por caso, dos tipos de personajes judíos, una inmensa mayoría martirizada y expoliada por los nazis y otro grupo infinitamente menos numeroso que habiéndose asumido o no católico sirvió o se vio forzado a servir al Tercer Reich. Tal, por ejemplo, el caso de Hans Lazar, el jefe de prensa de la embajada germana en Madrid, descrito como judío turco

en los materiales consultados por Irujo, y hoy sepultado en un cementerio católico de la capital hispana. Este caso trae a la memoria a un directivo de uno de los bancos germanos que operaban en Buenos Aires, Leopoldo Stein, que luego de la limpieza étnica efectuada por los nazis fue retenido en la misma institución de crédito, o a Hermann Goering cuando aludió al aeronáutico de ascendiente hebreo Arnold Milch, entre otros, con la afirmación que él, Goering, era quien determinaba el judaísmo de una persona.

Otro detalle significativo, Irujo escribe que los Spitzky introdujeron al país 150 onzas de oro, vajillas, platería y una antigua talla del siglo XVI, esta última obsequiada a su protector, el coronel Vélez. La procedencia no identificada de estos artículos suntuarios y fondos, que conformaban su equipaje, plantea incógnitas sobre su origen que otros tendrán que despejar, no sólo en el caso de los Spitzky. Por ahora, las preguntas obvias son si Spitzky se benefició de alguna manera del saqueo a las víctimas del nazismo, o quizá lo traído eran bienes legítimamente adquiridos antes del ascenso de Hitler al poder.

Una última referencia a Spitzky: si el aparato erudito como la bibliografía de esta obra excluyen toda referencia a los volúmenes en alemán e inglés que éste dejó para la posteridad, remitiéndose al lector en todo momento a la entrevista que Irujo efectuó con los Spitzky en Austria en la segunda mitad del decenio de 1990, el ex agente austríaco no es el único personaje de interés para la Argentina que aparece en este libro. Walter Kutschmann, ex agente de la Gestapo y presun-

to criminal de guerra, al igual que un otrora agregado aeronáutico alemán en la capital hispana, el general Eckart Krahrmer, son otros de los 104 que llegaron a Buenos Aires, en el caso del segundo clandestinamente en 1948 en una lancha procedente del Uruguay con documentación deficiente. Tal como se recordará, solicitada la extradición del primero, el Poder Judicial no logró expedirse antes de que Kutschmann muriese en Buenos Aires, donde se hallaba detenido, si bien no es extravagante suponer que el gobierno del presidente Raúl Alfonsín, durante cuyo mandato se resolvió la extradición a Alemania de Josef Schwammberger, no habría rehusado conceder la de Kutschmann también, de haberse llegado a esa instancia.

A su turno, y con prescindencia de la nómina de requeridos por los anglo norteamericanos —una lista minimalista a criterio de distintos investigadores, Irujo incluido—, la referencia a León Degrelle, líder rexista condenado a muerte apenas acabada la guerra en su Bélgica natal, es por demás interesante cuando se la compara con otros que lograron escudarse detrás de la reticencia de países terceros a conceder extradiciones. Los reiterados pedidos belgas a distintos gobiernos hispanos fueron rechazados, razón por la que Degrelle, de quien la CEANA descubrió que sus correligionarios en la Argentina habían obtenido un permiso de libre desembarco en la segunda mitad del decenio de 1940, jamás recurrió a éste.

Sin la condena a muerte y el pedido de extradición que pendían sobre la cabeza de Degrelle, Irujo también aporta elementos de gran interés sobre la presencia en España del coro-

nel de las Waffen SS Otto Skorzeny, cuyo nombre tampoco forma parte de los 104. Algunos de tales elementos provienen de fuentes periodísticas que en el pasado han sido cuestionadas por otros autores. Así, por ejemplo, Irujo recurre a una revista alemana para hacerse eco de alegaciones según las cuales su labor en la península en 1951, la formación de cuadros anticomunistas internacionales, estaba financiada por Perón. Lejos de ser ello imposible, los colores políticos indiscriminados del quehacer de Skorzeny en Madrid se tradujo en el tráfico de pasaportes falsos en colaboración con la CIA —tal lo afirmado por Irujo sobre la base de documentos hispanos consultados—. De ser así, ello sería consecuente con una revelación del jefe de la captura israelí de Adolf Eichmann en la Argentina, Zvi Aharoni, a saber que Skorzeny trabajó para el Mossad en un Egipto nasseriano apoyado por la Unión Soviética. El común denominador de los tres hechos radica en la lucha contra el comunismo, no el daltonismo político, razón que quizá aporte una explicación convincente, o más convincente, sobre el éxito aparente de sus gestiones en favor de la participación de empresas alemanas bajo dirección hispana en la construcción de bases militares norteamericanas en España.

Otro nombre ajeno a la lista de los 104 es el de un Martin Bormann presentado como protegido de la Iglesia española. Aquí se sostiene que el delfín de Hitler habría zarpado en 1946 desde la costa alicantina para la Argentina en un submarino alemán, aun si la historiografía sobre éste lo pronuncia muerto antes de finalizada la Segunda Guerra (tal como se esta-

bleció de manera fehaciente en la década de 1970). Sabido es que el público ha sido mal informado por el sensacionalismo de variados periodistas, argentinos como otros, respecto de Bormann. Entre los pecados de Ladislav Faraogo, por ejemplo, se incluye su invención lisa y llana de una entrevista con Bormann en Paraguay. Son los menos, el anglosajón Charles Whiting y la chilena María de la Cerda entre ellos, quienes han tenido la temprana entereza de apartarse de esas prácticas harto comunes y de deflacionar la supuesta supervivencia de posguerra de Bormann. El sensacionalismo no es característica de esta obra de Irujo. A su turno, en la segunda mitad de la década de 1990 Nicolás Tozer —de aquellos que han creído que el tránsito de la pericia en el tema malvinense al tema nazi puede hacerse sin esfuerzo alguno— hizo uso de teorías conspirativas de larga data, y para colmo de otros autores, éstas apuntadas a

sugerir que Bormann vivió durante la segunda posguerra en Gran Bretaña.

De no haber en el volumen de Irujo un error tipográfico respecto de la fecha de la supuesta partida de Bormann hacia la Argentina, su suicidio comprobado antes de finalizada la contienda se ve agravado por la referencia a su llegada a bordo de uno de los sumergibles que, en demasía del par que se rindió en Mar del Plata en 1945, se presume que arribaron al país, en particular por periodistas locales y extranjeros. Éstos, desafortunadamente, se quedan cortos a la hora de ofrecer pruebas indisputables en favor de sus alegaciones, y han logrado confundir a sus lectores, incluso a algunos investigadores académicos. A diferencia de Irujo, el grueso de ellos, sin embargo, ha tenido su atención puesta sobre la Argentina, no España, siendo en todo caso el primer país una importante nota al pie del aporte de éste.